
BENJAMIN CONSTANT: EL GRAN TEATRO DE LA POLÍTICA

Lourdes Quintanilla Obregón

Si la política es el uso y el abuso de los seres y de las cosas o si el despotismo es inevitable, resignémonos. ¿Puede el poder aceptar límites o es una fatalidad siempre igual a sí misma? Habría que tratar de explicar entonces el misterio de la obediencia o las comedias y tragedias que representan una y otra vez a lo largo de la historia. La utopía liberal pretendió romper la contradicción entre libertad y poder, instaurar el reino de la razón sobre la tierra y redefinir las relaciones entre los ciudadanos y el Estado en términos precisos.

Benjamin Constant se dedicó a la política para intentar ponerla al servicio de los derechos individuales. El gobierno era sólo un medio, el fin la libertad, creencia compartida por los liberales de su tiempo. Pero él planteó una noción capital: la íntima relación entre la política y la vida. En la obra constantiana la política nunca aparece aislada. La mirada es más amplia. Va de la literatura al periodismo y a los debates parlamentarios. Se ocupa de arte, historia y religión. Obedece al tiempo, acepta sus límites y persigue el infinito. La política es incierta como la vida misma pero hay que impedir que atente contra ella y obligarla a respetar a los ciudadanos en medio de la incertidumbre y el acaso. Constant apostó por la libertad y para tratar de ganar la apuesta sólo encontró dos remedios: rodear de barreras a todos los poderes y la irrestricta libertad de expresión.

Los modernos no permitirían los simulacros pues sabían muy bien que detrás de ellos sólo había hombres en el ejercicio de la autoridad.

A fines del siglo XVIII, los liberales estaban convencidos de haber alcanzado un sistema completo y regular de libertad. Pensaban que ese orden natural había sido alcanzado gracias a las bondades de la razón, al comercio, a la industria y a los progresos científicos. Presentaban una historia lineal, una ruta trazada de antemano que llevaría a la humanidad hacia su perfeccionamiento. Nada ni nadie se podía oponer a esta mecánica progresista salvo los poderes establecidos.

Tal parece que la autoridad aunque necesaria era contra-natura y si no se limitaba y vigilaba entraba en conflicto con el movimiento general de las ideas, con la marcha progresiva de la especie. Para Constant, todos los males del mundo parecían venir desde el poder que, a pesar de leyes y constituciones, poseía en sí mismo el germen de los abusos. Tenía en sus manos el derecho y la fuerza, y la división política entre gobernantes y gobernados era un hecho y no una vana teoría. Ni siquiera un sistema representativo podía ser confiable. Una vez en el poder los hombres se transformaban y tenían una propensión fatal a inmiscuirse en las múltiples actividades humanas.

El único freno posible, el límite sagrado, era la libertad individual. Es cierto que Constant no fue el único ni el primero en señalarlo, pero a lo largo de sus escritos lo subrayaba una y otra vez. Su obsesión: el límite a todos los poderes. Si está en la naturaleza de las cosas que el individuo es único e inviolable, sólo en casos raros y precisos puede molestarle la autoridad. Los gobernantes, por el contrario, tenían deberes y responsabilidades precisas y debían sacrificarse por el bien público. Constant exigía tanto de las autoridades que nos recuerda a Edmund Burke: "debían recibir el poder temblando". La dicotomía autoridad/libertad, lucha de contrarios permanente, sólo podía atenuarse con la crítica de los ciudadanos para obligar a los gobernantes a rectificar y a cumplir.

Y para qué quiere el hombre su libertad? se preguntaba Constant. La respuesta no era fácil. Pero pensaba que sin barreras, sin consejo, sin aliento si se quiere pero librado a sí mismo, cada quien buscaría el *bonheur* como quisiera. La sacralización de un ámbito de la existencia

—la esfera de los derechos individuales— lejos de ser un cálculo meramente utilitario —a la manera de Bentham, por ejemplo— se convertía en la constitución de un dominio de los valores definitivamente sustraído al totalitarismo de los hechos. El fin último: el progreso cultural y moral. La fuente de la perfectibilidad está en el hombre mismo, en su deseo de superación, en la idea de justicia inherente a su naturaleza, en su religiosidad.

Si el Estado estaba obligado a mantener el bien público, el individuo sabía que el “reposo” nunca está asegurado y que la arbitrariedad puede surgir inesperadamente por muy racional que fuese la maquinaria política. Por ello, la libertad de expresión —derecho a criticar y a oponer— se convierte en la piedra angular del edificio constantiano para enseñar el arte meticuloso de la crítica y oponerse a todos los simulacros. ¡Qué la autoridad no pese sobre los hombres! y la doctrina de la perfectibilidad puede conducir incluso a la educación del ciudadano y a un sentido común antidogmático y antiautoritario. Sólo hombres ilustrados, autónomos y políticamente responsables pueden poner límites a la fatalidad del poder. Pero todo es gradual y progresivo, sin rupturas dolorosas, sin lastimar al tiempo. La “opinión”, por lo tanto, era la guardiana de las libertades, la auténtica escuela de la vida. La paradoja: límites a todos los poderes y lo ilimitado para todo el género humano en el difícil camino hacia la utopía liberal.

La tercera realidad, sin embargo, contradecía a las teorías. Después de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, Francia se encontraba sumida en el “Terror” y en la usurpación napoleónica. Del progreso al retroceso. Del Antiguo Régimen al Imperio. Y al simulacro a nombre de la libertad. En *El Espíritu de Conquista y De la Usurpación*, escrito a fines de 1813, Constant criticó despiadadamente el régimen napoleónico por lo males que había causado no sólo en Francia sino en toda Europa desde Madrid a Moscú. Con Bonaparte, la arbitrariedad se colocó el traje del derecho divino de los reyes y recurrió a formas de consagración en Notre Dame que parecían ya superadas por el orgulloso Siglo de las Luces. El público —la nación— fue adoctrinado por el mero uso de la fuerza disfrazada de progreso.

Vuelta al despotismo, al poder ilimitado rodeado de incierto por parte

de aquellos intelectuales que todavía ayer se autonombaban revolucionarios. El Imperio enmascaró la opresión: el servicio militar obligatorio y la llamada a filas a todos aquellos aptos a la mayor gloria de Francia. La arbitrariedad se ejerció a nombre de UNO y persiguió a los hombres dondequiera que se encontraban. Todo poder ilimitado, repetía Constant una y otra vez, golpeaba, corrompía, destruía las costumbres y la moral de un pueblo. Para lograr su adhesión recurrió a las frases hechas, al discurso banal que no tenía nada que ver con la sintaxis. Se habían roto los lazos que envolvían a la sociedad en su infinita complejidad y las ecuaciones políticas eran inútiles. Constant desmitificó el discurso. Los significados se habían transformado y ya todo era ambiguo. A la tiranía se le llamaba libertad; a la opresión, progreso. Es decir, todo lo contrario a lo que en teoría se quería evitar.

Francia quedó reducida al papel de espectadora. El poder absoluto necesitaba aplausos y mantenía despierta la opinión con el teatro de la política. Si unos cuantos hablaban y nadie les escuchaba, se renovaba el simulacro pues no se podía permitir que el público abandonara el teatro antes de terminar la función o insultara a los actores. Para ello, se contaba con la "fuerza pública". Y los supuestos representantes de la nación hablaban y hablaban interminablemente.

Llevar a las naciones a la guerra y a las conquistas era infligirles el MAL. "Cómo fue posible que Napoleón despreciara a tal punto el espíritu de la época?" Su anacronismo corrompió al pueblo, le obligó a servir y exigió sacrificios a todos. Con el pretexto de liberar a quienes gemían bajo el yugo de sus gobiernos, les llevó la muerte y la desolación y no los principios del 89 como afirmaban los pretorianos. Las mentiras de la autoridad fueron funestas. Querían reavivar el espíritu público y terminaban en ceremonias fúnebres.

¿Dónde quedaron los ideales de la Revolución Francesa? Los "patriotas" estaban extasiados con la uniformidad que había impuesto el Emperador. A nombre del "Gran Imperio" se destruyó la diversidad producto de la historia y de la experiencia. Vencedores y vencidos sufrieron las consecuencias. Las guerras asolaban a Europa mientras la tiranía y la demagogia se elevaban a las alturas. El pequeño YO individual frágil y

mediatizado a fin de salvarse se ocultaba e intentaba esquivar el zarpazo del poder. El SUJETO que “piensa luego existe” sólo podía defenderse de la uniformidad con un mínimo de peculiaridad individual que experimentaba como irreductiblemente propio y se refugiaba en la subjetividad con sus insidias y engaños. Ya ni siquiera podía “cultivar su jardín” como sugería Voltaire en mejores tiempos. ¿Qué podía hacer el YO emancipado y miserable frente al “honor imperial”?

Constant confrontaba teorías y realidades. Y los hechos demostraban cuando había que hacer correcciones. Es la experiencia la que nos permite establecer principios –punto de partida del racionalismo constantiano– resultados tangibles de hechos particulares. De nada servía discutir teorías que no se confirman en la realidad. A Constant le interesaba analizar causas y efectos concretos. “Todo se deduce, todo se encadena”. Se podía hablar de “soberanía” o de “voluntad general” en abstracto pero si en la práctica herían las libertades individuales eran sencillamente ilegítimas. El error se imponía y la razón se deterioraba. Lo arbitrario rompía la evolución progresiva. La inteligencia no es estacionaria, decía Constant, comprende y rectifica y por ello “avanza” en medio de dudas y temores. La humanidad parecía estar condenada a la arbitrariedad y las tinieblas, no las luces, envolvían a Europa bajo el imperio napoleónico. Ese no era el porvenir.

Analizaba Constant las formas de gobierno. Monarquía o república. Pero el problema de fondo era cómo garantizar la libertad. Durante el “Terror” el gobierno apareció bajo la consigna de la “voluntad general”. La usurpación napoleónica exigió que todos abdicaran a su favor. ¿Dónde encontrar entonces el principio de legitimidad? “Hay algo de milagroso en la conciencia de la legitimidad”, afirmaba. Y tenía razón: es difícil explicar este misterio. Napoleón se impuso ilegalmente sobre todo y sobre todos y en medio del fasto y de las victorias promulgó leyes y códigos que violaba una y otra vez. Un edificio construido sobre arena...

La comedia proseguía. “Lo ridículo ataca todo y no destruye nada”, comentaba Constant. Se creía recuperar el honor con la burla o se aclamaba al ídolo por miedo. Por lo menos durante el despotismo todos callaban. La usurpación les obligaba a hablar. Volvía a la historia y parecía

perder las esperanzas. Julio César, Augusto y muchos ejemplos más confirmaban sus temores: los pueblos admiraban a los usurpadores. Durante el "Terror" la libertad se disfrazó de antigüedad. Comparar a Francia con una pequeña ciudad-estado del remoto pasado era simplemente confundir los tiempos. El ilustre liberal desesperaba:

Nosotros los modernos hemos perdido en imaginación lo que hemos ganado en conocimientos. Somos incapaces de exaltación permanente. Los antiguos estaban en la juventud, nosotros en la madurez, puede ser que en la vejez. Al menos aquéllos tenían convicciones, nosotros sólo tratamos de aturdirnos.

Los modernos confiaban en el progreso que les traería la felicidad y creían haber encontrado las leyes que regían al universo. ¡Vana ilusión! Los demagogos subían a las tribunas y exaltaban el autoritarismo y vigilaban las conciencias a nombre de la VIRTUD y de la RAZÓN.

Constant sabía que todos los gobiernos son imperfectos y se rodean de miles de subalternos que hacen más pesado el yugo. Pero apostaba por la libertad de los modernos: el derecho a la crítica para obligar a todos los poderes a permanecer en sus justos límites. Si Francia con Napoleón se había convertido en Egipto y una inmensa pirámide reinaba sobre la nación, no lo dejarían hacer porque estaba en juego su existencia misma. Al poner al desnudo el simulacro, ejercía sus derechos individuales. Nada más.

El hecho es que la Francia posrevolucionaria había perdido la confianza. El SUJETO no encontraba su lugar. En *Adolphe*, Constant presentaba a su "héroe" en un mundo sin acontecimientos, en el hastío y el desentanto. La gloria de la política y del orador ha olvidado al novelista y al estudioso de las religiones que defendió la libertad con las restricciones que se imponen a un hombre que conoce las debilidades humanas. No es fácil abandonarse a otra voluntad que impone cadenas. Bastante tenemos con nuestro presente rápido y azaroso para que todavía los poderes compliquen nuestra existencia. Al luchar contra la tiranía, defendemos nuestra vida. El "yo sin yo" de Constant no era escéptico. Sólo exigía libertad para proseguir la aventura. Una convención política mínimamente civilizada permitiría al individuo vivir instante.

Los librepensadores del siglo XVIII quisieron destruir las instituciones religiosas. Constant nunca estuvo de acuerdo con estas medidas. Había dedicado muchos años al estudio de las religiones y sin bien criticó a las "positivas" o sacerdotales defendió siempre el "rincón de religión" que todos llevamos dentro. Todos los dogmatismos se oponían al libre ejercicio de la razón y su extrema lucidez le mostraba que no hay verdades absolutas y que toda afirmación es ambigua. El liberal no se encerraba en su propia opinión y guardaba distancia hasta consigo mismo. Es decir, un espíritu laico en su verdadera acepción. Un mínimo de ironía nos permite dudar de las opiniones propias. ¿Cómo querer entonces imponerlas a los demás?

Benjamin Constant prosiguió la lucha política hasta su muerte ocurrida en 1830 y defendió la libertad como principio en medio de las tormentas de su tiempo. ¡A cada siglo sus problemas!, solía decir. Nosotros vivimos tiempos imaginarios distintos y ya nadie cree en la marcha progresiva de la especie.

Pero él hubiera considerado un anacronismo desmesurado volver dos siglos atrás para encontrar posibles soluciones a los problemas de la Francia posrevolucionaria. Si la inteligencia no es estacionaria, urge imaginar formas nuevas para el quehacer político. El pasado ya pasó.

El ilustre liberal apelaba a la imaginación, a la crítica y al rigor. Ya no bastaba refinarse en simulacros en medio de la total indiferencia o de la desesperación. El arte de la política consiste en construir convenciones siempre parciales y fragmentarias para poder vivir y convivir y tal parece que se ha quedado a la zaga de las grandes transformaciones mundiales. Ahora, todos somos espectadores y el discurso político maquilla realidades complejas a través de los poderosos medios de comunicación. Estamos aturdidos –como siempre– mientras avanza lo "innombrable". Así llama Roberto Calasso a la "posmodernidad"

Benjamin Constant, "De l'Esprit de Conquête et De l'Usurpation", en *De la liberté Chez les modernes*, Collection Pluriel, Librairie Générale Française, 1980, pp. 104-262.

